

El Hospital de la Isla del Rey: Una joya patrimonial

M. A. Limón Pons

Menorca dispone de dos joyas arquitectónicas de primer orden que atañen a la historia sanitaria y en concreto a la historia de la sanidad naval del Mediterráneo occidental. Se trata, de un lado, del hospital de sangre construido por los ingleses en el siglo XVIII; y, de otro, del lazareto de cuarentenas, el cual, si bien recibió el decreto de erección en 1789, en tiempos de Carlos III, no entró en servicio hasta comienzos del siglo XIX, en 1817. Ambas instituciones sanitarias se encuentran situadas en el puerto de Maó: la primera, en la isleta interior llamada del Rey, mientras que la segunda se yergue sobre el lomo de una vieja península que, a manera de espolón de tierra, se interna en las aguas portuarias desde los promontorios agrestes de la Mola. En todo caso, ese emplazamiento original sobre el cual aparece el lazareto también es, hoy día, una isla tras la apertura de un canal en 1900, llamado de Sant Jordi, y que, definitivamente, separó aquel lugar de tierra firme.

Mientras que el lazareto presenta un plausible estado de conservación, y, de hecho, se destina a residencia de verano para los funcionarios del Ministerio de Sanidad, el caso del hospital de sangre de la Isla del Rey ha pasado por una etapa absolutamente hiriente. Desde que fue cedida al Ministerio de Información y Turismo en 1976 con la promesa de transformarlo en un parador turístico nacional, y hasta el día de hoy, en que nada se ha hecho para conservarlo, se abre un período muy lacerante de degradación hasta extremos de pura alarma.

La isla tiene unos 41.000 metros cuadrados, y ocupa una posición más o menos central sobre la lámina de agua del puerto. En el siglo XVIII, después de quedar Menorca absorbida por la soberanía británica por cesión española a través del tratado de Utrecht (1713), las autoridades navales inglesas, en 1711, llevaron a cabo la construcción de un primer centro hospitalario para la marinería. Se mantuvo en pie casi sesenta años, hasta que en tiempos del gobernador Moystin, se puso la primera piedra de un nuevo edificio sanitario de elegante gusto barroco. La ceremonia fue a cargo del contraalmirante sir Peter Benis Baronet el 30 de octubre de 1771. Se erigieron dos plantas en forma de U, alrededor de un jardín, y coronadas ambas por una airosa torre cuadrangular que, todavía hoy, le imprime enorme personalidad arquitectónica al conjunto reflejándose sobre las aguas.

El historial sanitario de este complejo, como cabe suponer, es muy denso. Desde comienzos del XVIII y hasta 1964, es decir, durante dos siglos y medio,

siempre ha actuado de centro hospitalario, al servicio de varias potencias: Gran Bretaña, Norteamérica, Francia y, finalmente, España, que le asignó el papel de hospital militar hasta su abandono definitivo en 1964. Quiero esto decir que estamos en presencia de unas nobles paredes que están absolutamente impregnadas de ciencia médica hasta la última piedra; es decir, repletas de cirugía, enfermería, farmacología, epidemias, convalecencias, etcétera. El hospital de la Isla del Rey es, en definitiva, testigo impertérrito de más de doscientos años de las artes de curar. Se dice pronto, pero no conviene tomar este dato con simple rutina. Probablemente no encontraríamos ningún otro ejemplo de sus características que, ahora mismo, pudiera rivalizar en importancia patrimonial en toda la extensa área mediterránea.

Así entendida la cuestión, ha resultado proverbial la reciente aparición de una entidad cultural sin ánimo de lucro denominada Asociación de Amigos del Hospital Militar Isla del Rey. La ha promovido un mahonés, el general de Ejército Luis Alejandro Sintés. La entidad ha surgido para movilizar los esfuerzos empresariales y ciudadanos para frenar la degradación espantosa en que había caído el hospital desde la devolución de la propiedad, en 1985, a su dueño inicial, el Ayuntamiento, una vez constatado el fracaso rotundo del parador. En veinte años, la amenaza de ruina general e irreversible había llegado a límites gravísimos. Nunca tanto compromiso ciudadano de tipo individual se había mostrado tan impresionante. El estado de derrumbe general se ha cortado de raíz, y de nuevo han renacido las esperanzas para asegurar su permanencia, de nuevo orgulloso de sus valores históricos, artísticos y sanitarios. Ha sido sir Ian Macfadyen, general de las Fuerzas Aéreas Británicas, veterano veraneante en el puerto de Maó, quien ha exclamado, a la vista del viejo hospital de sangre: «Es el mejor hospital naval histórico del Mediterráneo».

Nadie tiene de extraño, pues, que la Reial Acadèmia de Medicina de les Illes Balears haya galardonado a la asociación, merecidamente. En el curso del acto solemne de inauguración del curso académico 2006, se le otorgó el premio Fundació Cabana de humanidades médicas, en reconocimiento a los importantes esfuerzos —todos ellos altruistas— para salvaguardar una joya del patrimonio hospitalario de nuestra Comunidad Autónoma. El mismo día, tanto la Academia como el Colegio de Médicos acordaron restaurar y habilitar una sala del hospital, que recibirá el nombre de Dr. Bernat Riera, en recuerdo de quien, además de general médico, fuera presidente de ambas instituciones, así de la Academia como del colegio profesional.